

**DOMINGO V DE TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Isaías 58, 7-10): *No te cierres a tu propia carne.*

**Salmo** (111, 4-5.6-7.8a. y 9): *«El justo brilla en las tinieblas como una luz»*

**2ª lectura** (1ª Corintios 2, 1-5): *Nunca me precié de cosa alguna.*

**Evangelio** (Mateo 5, 13-16): *Vosotros sois la sal de la tierra.*

*Lamentablemente, basta con echar una ojeada a nuestro alrededor para ver que la corrupción se ha adueñado de todos los estamentos de nuestra sociedad. Vemos como hay una tendencia a enriquecerse a costa de lo que sea y, lo que es más grave, a costa de quien sea.*

*Esto lo encontramos a todos los niveles: los responsables públicos, que deberían ser los primeros garantes del bien común de los ciudadanos, se desentienden de su misión, para aprovecharse de su situación en su propio beneficio. Vemos cómo, responsables políticos y laborales, los que tienen encomendada la defensa de las clases más desfavorecidas, se aprovechan del dinero destinado a los más débiles. Estamos ante la desvergüenza institucionalizada.*

*Pero, no pensemos que la corrupción solamente llega a niveles altos, también en los estratos sociales más humildes vemos cómo la gente se crea mitos y se parten el alma por sus ídolos deportivos que, alimentados por el fervor popular, cobran cifras escandalosas que son un insulto para la situación actual de las personas. Ídolos que por otra parte, un gran número de ellos, se preocupan de evadir su dinero hacia paraísos fiscales negando así su contribución al bienestar de la gente humilde, que, en definitiva, es quien la encumbra y mantiene.*

*La sal se ha utilizado siempre para conservar los alimentos, para impedir que se corrompan. Cristo nos dice que sus discípulos tenemos que ser “sal de la tierra”; ello significa que todos estos casos de corrupción en la sociedad no pueden dejarnos indiferentes. Tenemos que ser en esta sociedad, profetas que denuncien estas situaciones, anunciando la Buena Nueva de Jesús, viviendo los valores del Reino expresados en las Bienaventuranzas.*

*Ha llegado la hora de la acción; por ello tenemos que implicarnos a favor de los desfavorecidos de la sociedad, de las víctimas de la corrupción de los poderosos. Siendo “sal” denunciaremos la corrupción, pues viviendo los valores del Reino y su justicia, seremos fuente de esperanza para los hombres de hoy: esperanza del mundo nuevo inaugurado por Jesús, un mundo donde no cabe la corrupción, la explotación del débil por parte del poderoso, sino un mundo de paz, amor, justicia y libertad.*

Seguimos reflexionando sobre el Sermón del Monte, mientras las Bienaventuranzas (que veíamos el domingo pasado), nos expresan los valores del Reino que el discípulo acoge en su corazón. Ya es hora de que esa vida interior del discípulo se vea, se dé a conocer. Por eso, ahora pasamos del «*Bienaventurados...*» al «*vosotros sois...*». El énfasis recae en lo que el discípulo está llamado a ser, como expresión de su identificación con Jesús. Además, nos damos cuenta de que dice: «*sois*»; por eso la tarea no es individual sino que es tarea de la comunidad.

Esta tarea la explicita con dos comparaciones: la primera nos dice «*vosotros sois la sal de la tierra*». Entre sus muchas propiedades se usaba y se usa para dar sabor a los alimentos, conservarlos, curar, desinfectar... Por eso, el discípulo de Cristo, tanto entonces como ahora, está llamado a ser sal para la sociedad; así, el cristiano ha sido llamado al compromiso de hacer que sus obras sean eficaces como lo es la sal, las obras del discípulo se tienen que plasmar en el mundo sanando, purificando, preservando, sazonzando...

Pero también nos advierte del peligro, de la tentación de abandonar el compromiso cuando viene la dificultad. Hasta la sal puede volverse insípida, puede volverse necia, y entonces solo sirve, como la basura, para tirarla y pisotearla. El cristiano no puede abandonar su compromiso de ser testigo del Reino y su justicia si no quiere volverse necio y no servir para nada.

La segunda la luz. Utilizar la comparación de la luz es aludir a una propiedad de Dios: «*El Señor es mi luz y mi salvación*», leemos en el salmo 27, y el mismo Mateo, citando a Isaías la relaciona con la venida de Jesús: «*El pueblo que habitaba en tinieblas ha visto una gran luz, a los que habitaban en paraje de sombras de muerte, una luz les ha amanecido*». Por eso, aquí son los discípulos los que reciben el encargo de ser testigos de la luz en el mundo.

Esta luz que debe brillar para que se vean nuestras buenas obras. Y para ello, con nuestras palabras y, sobre todo con nuestras obras, tendremos que ser los espejos limpios que reflejen al que es la única luz de las gentes a todos los rincones de la tierra, a tantos hermanos nuestros que caminan en tinieblas.

Pero teniendo claro que esto no debemos hacerlo por nosotros mismos, no por vanidad sino porque esa es nuestra misión; la finalidad última es la “*gloria*” del Padre, para que lo que se vea en todas las formas de actuación de los discípulos de Jesús no sea el protagonismo personal sino el de Dios. El rostro del Padre “*que está en los cielos*”, y por tanto invisible para los que estamos en la tierra, se descubre en el rostro de los hijos que honran el apellido de “*cristianos*” que llevan. Que la Iglesia sea la ciudad puesta en lo alto del monte para que ilumine y sea referencia para los hombres de hoy.